

El intruso

Gustavo Arango

Hacía mucho no salía del trabajo a esas alturas de la noche. El expediente del pianista asesino me tenía obsesionado y no quise salir de la oficina sin haberlo terminado. De la tarde y la noche recuerdo vaguedades: mi atención había cerrado filas en torno a aquella historia, y había tal entusiasmo en el esfuerzo que no me sentí cansado.

A eso de las once lo di por terminado. Puse todas las cosas en su sitio, cerré con doble llave la puerta del despacho, atravesé la soledad del pasillo, esperé con paciencia el ascensor, y cuarenta segundos más tarde ya estaba en la calle.

Como tenía unos pesos de más y quería llegar pronto a casa, decidí tomar un taxi. Cuando me detuve en el cruce con la avenida, un taxista arrancó con el semáforo en rojo, estuvo a punto de chocar en la intersección y se detuvo a mis pies con una actitud inexpresiva. Se me ocurrió decirle que no era para tanto, que yo podía haber esperado a que el semáforo cambiara, pero no tenía deseos de hablar, quería solamente pensar en la historia del pianista y —si me quedaba tiempo— en alguien que quizá me recordara.

Con una seriedad en la que estaba implícito el reproche, le dije a dónde iba y en seguida me puse a recordar, con la mirada puesta sin énfasis en el paisaje de casas. Seguía sin sorprenderme la falta de cansancio.

—Yo he tenido el mismo sueño varias veces —la voz pedregosa del taxista me sorprendió a la mitad del camino. Yo estaba tan absorto que di un salto al oírlo: había olvidado que venía alguien más en ese auto. Quizá sea más

exacto decir que había olvidado que estaba en un auto... o que me había olvidado de que existía yo mismo.

No tuve tiempo de pensar si la conversación me interesaba. El hombre tenía la mirada fija hacia el frente y hablaba como para sí mismo.

—Yo me acerco a la ventana de una casa. Veo a una mujer sentada frente a un espejo, peinándose el cabello. Entonces ladra un perro, y un hombre con un machete empieza a perseguirme.

—¿Y qué ocurre? —le atribuí mi debilidad a la historia del pianista. En otras circunstancias habría dicho: “¡Qué interesante!” y habría seguido mirando el paisaje en completo silencio.

—Nada —el taxista me miró por primera vez, estaba verdaderamente preocupado—. No ocurre más nada. Ahí termina el sueño. Yo he querido saber qué más ocurre, cómo es ese sitio, pero unos amigos me dijeron que si me quedo allá me muero.

—Es posible —sin mucho sobresalto, comprendí que toda mi atención estaba ahora en esa historia que el taxista me contaba, como si fuera la continuación del expediente del pianista asesino—. ¿Hace mucho tiene ese sueño? ¿Hace años?

—De un mes para acá he soñado lo mismo casi todas las noches —traté de adivinar en él algún hábito pernicioso, pero su actitud y sus gestos eran la normalidad hecha taxista—. Hasta puedo saber cuándo voy a tener ese sueño porque siento que me muevo a gran velocidad. Recorro en instantes un inmenso trayecto y entonces me detengo al pie de la ventana, veo a la mujer peinando su cabello, ladra el perro y el hombre del machete me persigue.

—Pero, ¿qué ocurre?, ¿se despierta?, ¿pasa a otro sueño?

Ahora que recuerdo todo aquello, me pregunto por qué no me alarmé cuando el taxista cerró los ojos, levantó el rostro hacia el techo y permaneció así varios segundos sin dejar de conducir.

—Me tranquilizo —dijo—. Pienso que estoy a salvo y me despierto.

—Y la mujer, ¿es bella?

—No sé. Sólo he podido ver su larga cabellera. Por eso es que quisiera quedarme un poco más en ese sueño. Pero me preocupa que me muera.

Guardamos silencio unos segundos. Lamenté no poder ayudarle en su problema.

—¿No será algún recuerdo de la infancia?

—Si es un recuerdo, no es de esta vida —respondió con la convicción de quien ya ha considerado en exceso y sin éxito muchas posibilidades.

—Qué vaina —dije, más para mí que para él—. Cómo son de extraños los sueños.

—Tengo otro sueño que también se repite —esta vez me miró con ojos ligeramente desmesurados—. Yo estoy en un caserío en el que no hay nadie —recordé que el pianista habló en su testimonio del horror que sintió, de niño, cuando una maestra le dijo que los ojos son las únicas partes dobles del cuerpo que giran al mismo tiempo—. Yo entro a todas las casas y no hay nadie. Ese sueño es la soledad más hijueputa.

En el parque que está en el camino hacia mi casa tuve miedo. Yo le había preguntado al taxista qué pensaba hacer con el sueño de la mujer y él detuvo el vehículo en una zona oscura. Sus ojos giraban al mismo tiempo.

—Voy a quedarme —me pareció que buscaba entre mis gestos alguna objeción a su propósito.

Volví a respirar sin tropiezos cuando reanudó la marcha.

—El hombre aparece después de que ladra el perro. Está completamente vestido y tiene razón para perseguirme porque yo soy el intruso. La próxima vez voy a cuidarme de que el perro no ladre.

Lo interrumpí para indicarle mi casa. Tuvo dificultad para encontrar las monedas que debía darme de vuelto.

—Tenga cuidado con el hombre del machete.

—En eso estoy —me dijo, con un gesto que ya no era de este mundo, y se alejó en su taxi a toda velocidad. ■

Gustavo Arango (Colombia)

Profesor de literatura latinoamericana en la Universidad del Estado de Nueva York, en Oneonta. Ganador del Premio Bicentenario de Novela 2010, en México, con *El origen del mundo*. Es autor de los libros de cuentos *Bajas pasiones* (1990), *Su última palabra fue silencio* (1993) y *Unos cuantos tigres azules* (2009), y de las novelas *Criatura perdida* (2000), *La risa del muerto* (2003) y *El país de los árboles locos* (2005). Fue editor del suplemento literario de *El Universal* de Cartagena.